

SHIGURUI

El torneo del castillo Sunpu

Norio Nanjo

**Traducción del japonés:
Raquel Muñoz Caridad**

**Revisión y adaptación:
Juan Jiménez Ruiz de Salazar
Raquel Ramos Cudero**

**QUATERNI**

駿河城御前試合 Suruga-jo Gozen Jiai by Norio Nanjo 南條範夫・作

Copyright © 1964 by Yoshiko Koga

First published in Japan in 1964 by Futabasha Co., Ltd., Tokyo

Spanish translation rights arranged with The Japan Writer's Association
through Japan Foreign-Rights Centre/ Ute Korner Literary Agent, S.L.

www.uklitag.com

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Raquel Muñoz Caridad

SHIGURUI. El torneo del castillo Sunpu. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941173-8-1

EAN: 9788494117381

IBIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Juan Jiménez Ruiz de Salazar y Raquel Ramos Cudero

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Tecnología Gráfica, S.L.

Depósito Legal: M-36724-2013

Impreso en España

19 18 17 16 15 14 (01)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

MUMYŌ SAKANAGARE

(«El flujo inverso de la ignorancia»)

I

Poco se sabe con certeza sobre lo que se conoce como «torneo de la era Kan'ei»: ni cuándo se celebró, ni quiénes participaron, ni cómo se transmitió su leyenda. Pero lo que es obvio es que no se sustenta en hechos históricos. Según el registro oficial de los Tokugawa, el mismo día del torneo, es decir, el veintiuno de septiembre del decimoprimer año de la era Kan'ei (1634), el tercer *shōgun* Tokugawa Iemitsu¹ no se hallaba en el castillo de Edo², sino que se encontraba de visita en un templo de Nikko. Y no cabe pensar que un torneo de esas características se pudiese celebrar en el jardín del castillo en ausencia del *shōgun*.

Sin embargo, tampoco se puede asegurar que este torneo en presencia del *shōgun* sea solo una ficción surgida del abanico de un cuentacuentos. Como ocurre en muchos casos similares, existió una realidad que sirvió como modelo para estos combates. Y con toda seguridad ese modelo fue el gran torneo que tuvo lugar el veinticuatro de septiembre del sexto año de la

1 Los nombres de todos los personajes aparecen en el orden japonés: primero el apellido, seguido del nombre. (N. de la T.)

2 Antiguo nombre de Tokio. (N. de la T.)

era Kan'ei (1629), en el castillo de Sunpu, en presencia del gran consejero de la provincia de Suruga, Tokugawa Tadanaga¹.

Se prohibió a los asistentes que difundiesen información sobre los detalles del torneo de Sunpu. Uno de los motivos, huelga decirlo, fue el hecho de que posteriormente se le confiscaron a Tadanaga sus territorios bajo sospecha de traición y se le obligó a hacerse el *seppuku*, aunque se presentó este acto como un suicidio voluntario; la otra razón era la propia naturaleza de este torneo sin precedentes, pues se trataba de crueles y brutales luchas a muerte con espadas auténticas².

En un período de paz como aquel, se daban pocos casos de enfrentamientos con espadas auténticas. Pero lo que no tenía precedente era un torneo organizado públicamente por un señor feudal de un gran territorio en el que se librasen once duelos a muerte con espadas de verdad.

Aún reconociendo que Tadanaga sufría algún desequilibrio mental, resulta sorprendente que los veteranos generales, bajo el mando de Torii Naritsugu, el *daimyō* de Tosa, nombrado por Hidetada³, no hicieran nada para disuadirlo de semejante acto de violencia. Tal vez el comportamiento de Tadanaga había llegado ya a un nivel tan aberrante que escapaba al control de cualquier subordinado; o bien el período de guerras Sengoku (1467-1568), durante el cual las masacres y matanzas eran el pan de cada día, no quedaba tan lejano; sea como fuere, el atroz torneo venció toda oposición y llegó a celebrarse.

Si nos fijamos en el desarrollo de los combates, vemos que, de los once emparejamientos iniciales, en ocho de los duelos uno de los contrincantes da muerte a su oponente, y en los tres restantes ambos espadachines mueren al mismo tiempo. De la

1 Hermano del *shōgun* Tokugawa Iemitsu. (N. de la T.)

2 En lugar de utilizar espadas de madera. (N. de la T.)

3 Tokugawa Hidetada, segundo shogun del clan Tokugawa y padre de Tadanaga. (N. de la T.)

misma forma, en el conocido como «torneo de la era Kan'ei» también se celebraron once combates, de entre los cuales fueron ocho los que acabaron con la victoria de uno de los participantes, mientras que los otros tres acabaron en empate, por lo que resulta evidente que sigue el mismo modelo.

Durante la celebración de este torneo, la arena blanca que se extendía por el patio sur del interior del castillo se convirtió en un mar de sangre y el hedor a putrefacción flotaba en el ambiente; incluso algunos de los samuráis que se encontraban presenciando el torneo tuvieron que hacerse a un lado entre gemidos para vomitar a escondidas. Sin embargo, parece ser que Tadanaga lo contempló todo impassible, de principio a fin, con unas marcadas venas azuladas bien visibles en su frente pálida.

En octubre del décimo año de la era Kan'ei (1633), después de que Tadanaga hubiese sido trasladado a Kōfu, llegó para hacerse con el castillo de Sunpu el emisario del *shōgun*, Aoyama Yoshinari, quien, tras ser informado sobre los detalles del torneo, torció el gesto con desaprobación.

—Un acto propio de un demonio —murmuró, y ordenó quemar todos los documentos relacionados con ello.

Por consiguiente, no se conserva ningún registro oficial de primera mano sobre aquel torneo. No obstante, el material que dejaron por escrito, en secreto, los asistentes a aquellos combates fue pasando de mano en mano, su lectura se fue propagando y finalmente se convirtió en el origen principal de la leyenda del «torneo de la era Kan'ei», que regocija a todos los que la escuchan, a pesar del violento derramamiento de sangre de los hechos históricos.

Aunque el torneo comenzó a la hora de la serpiente (las diez de la mañana), desde el momento en el que los dos primeros competidores apartaron el telón de los lados este y oeste,

respectivamente, y aparecieron en el recinto del combate, una extraña tensión envolvió a los allí presentes.

Por el extremo este apareció Irako Seigen, de unos treinta y pico años quien, a pesar de su extraordinaria belleza, era ciego de ambos ojos y arrastraba un poco el pie derecho al caminar. Una mujer madura, que parecía de su misma edad, de una hermosura cautivadora, acompañó al bello maestro de la espada, ciego y cojo de una pierna, hasta el telón, pero naturalmente no lo traspasó para acceder al recinto donde se celebró el combate.

Por el otro lado, el oeste, apareció Fujiki Gennosuke, de unos veintisiete o veintiocho años probablemente. En comparación con los rasgos despiertos y susceptibles de Seigen, este poseía un excepcional rostro de rasgos proporcionados, si bien también se percibía en él cierta angustia. Además, le faltaba el brazo izquierdo, cercenado desde la base.

A Gennosuke también lo acompañaba una bella y pulcra joven de unos veintiún años. Si bien el atractivo de la otra mujer hizo brotar un leve sentimiento de voluptuosidad en el pecho de los jóvenes samuráis allí presentes, fue la belleza refinada de esta joven la que los llenó de asombro.

Dos lisiados y dos bellas mujeres. Aunque solo esto ya era más que suficiente para despertar la curiosidad de los samuráis asistentes al torneo, de la nada surgió un rumor, que se susurraba y pasaba de boca en boca, según el cual aquellos dos espadachines habían sido anteriormente compañeros en el mismo *dōjō*. La mujer que acompañaba a Irako Seigen había sido la concubina del maestro de ambos, Iwamoto Kogan, y la joven que vino junto a Fujiki Gennosuke era la única hija de Kogan y amante de Irako Seigen.

Estas cuatro personas unidas por tan singulares lazos se separaron cada uno de su acompañante a este y oeste y, una vez cruzado el telón, ambos hombres se encontraron frente a frente, con sus cuerpos igualmente lisiados, dispuestos a enfrentarse con sus espadas de acero.

Quien suscitaba mayor curiosidad e interés entre los espectadores era Irako. Y no solo porque fuese ciego. Fujiki era un hombre a quien todos tenían ante sus ojos ese día por vez primera, en cambio, sobre Irako circulaban innumerables rumores desde hacía al menos medio año, sobre su estancia en la residencia del instructor de artes marciales de aquel feudo, Okakura Bokusai, y su misteriosa técnica de espada, llamada *Mumyō sakanagare* («flujo inverso de ignorancia»). Esta técnica secreta únicamente la habían podido presenciar unos cuantos subordinados de Tadanaga, pero se decía que era de una destreza exquisita imposible de describir con palabras. Se comentaba que, sobre todo, lo que sorprendía a la gente era la original postura que adoptaba.

Irako y Fujiki se hicieron una respetuosa reverencia y en cuanto desenfundaron sus espadas, como era de esperar, los espectadores emitieron un grito de sorpresa al unísono. El sobresalto se debía a que, frente a la postura inicial de Fujiki Gennosuke con la espada desenfundada en alto por encima de su cabeza, Irako Seigen, con los ojos ciegos fijos en su rival, había clavado la espada desenfundada en el suelo, en el espacio entre los dedos de su pie derecho, como si fuera un bastón, y permanecía inmóvil. Era una postura esperpéntica que nunca antes se había visto ni oído en ninguna escuela de artes marciales.

II

Iwamoto Kogan, el maestro de Irako y Fujiki, era un experto sin igual en el manejo de la espada, conocido en toda la región de Nōbi¹ desde finales de la era Keichō (1596-1615) hasta comienzos de la era Kan'ei. Se cuenta que al principio parecía realmente un salvaje de las montañas cuando apareció por las

1 Gran llanura donde se encuentra la ciudad de Nagoya. (N. de la T.)

inmediaciones del castillo de Nagoya, con el pelo enmarañado y la cara sucia, cargando en una mano con un palo de leña de unos setenta centímetros con el que se enfrentó y derrotó sin mucho esfuerzo a todos los *dōjō*, lo que dejó a todos estupefactos. Sin embargo, parece ser que esto no es más que una leyenda mezclada con vestigios de la historia del gran espadachín Toda Seigen, quien derrotó a Umezu, en la era Eiroku (1558-1570), con un palo de leña.

En cualquier caso, era ampliamente conocida su soberbia destreza con la espada y en su madurez contaba con más de mil discípulos. Ahora bien, de entre sus numerosos discípulos, no eran pocos los que, pese a las escasas perspectivas de futuro, se apuntaban al aprendizaje del *kendō* atraídos por la belleza inocente, cual rosa que empieza a florecer, de la única hija de Kogan, Mie.

No obstante, resultaba obvio para cualquiera que el futuro marido de Mie sería o bien Irako Seigen, o bien Fujiki Genosuke. Entre los discípulos de Iwamoto había tres que eran conocidos como «el tigre y los dos dragones»: el instructor asistente Ushimata Gonzaemon, Irako y Fujiki. Pero Ushimata ya tenía treinta y tantos años, se había casado y era un hombre corpulento de aspecto atroz. En cambio, tanto Irako como Fujiki eran ambos veinteañeros y estaban solteros. Estaban igualados en fuerza física, pero en lo que respecta a la técnica de la espada, cada uno tenía su estilo particular: Irako era rápido y ágil, mientras que Fujiki era solemne y vigoroso. Si tuviera que elegir, el maestro Kogan prefería de lejos la técnica de Fujiki, pero en cambio su hija Mie parecía estar embelesada por la peculiar belleza diabólica de Irako, y no por los elegantes rasgos de Fujiki.

—Fujiki es más directo con la espada, pero como Mie parece ser que se ha encaprichado con Irako, habrá que decantarse por él —le comentó Kogan a su concubina Iku mientras apuraba un vasito de sake.

Kogan, a pesar de que ya se acercaba a los cincuenta, al haber sido agraciado con una constitución fuerte y una vitalidad sin igual, había tenido varias concubinas desde la muerte de su esposa, pero al parecer sentía una especial predilección por la última que se había procurado, Iku, hija de un mercader de Matsuzaka, así que desde el principio la había instalado en su casa para que se ocupase de sus cuidados en todo momento.

—Pero, si se trata de elegir a un sucesor, evidentemente, me parece que sería mejor uno que se hubiese ganado el favor de mi esposo —arguyó Iku—. Además, por más que digan que es guapo, hay algo extrañamente temible en el señor Irako, capaz de llenar de inquietud el corazón de una joven, mientras que el señor Fujiki da la sensación de ser dócil y de confianza, o al menos así me lo parece.

—Ya, si a mí también me lo parece, pero mi joven hija parece preferir a Irako. Yo diría que es porque su mirada tiene algo que la hace extrañamente seductora. A veces incluso me pasa a mí, siendo hombre, que cuando ese tipo me mira fijamente, me entra una sensación extraña. Por lo visto es muy popular no solo entre todas las chicas y mujeres del clan, sino también entre todas las del pueblo que rodea al castillo. Según dicen, cuando las mira fijamente, les parece que se les derriten los huesos. ¡Ja, ja, ja! Me lo contó Gonza el otro día y parecía que le daba un poco de envidia. ¿A ti también te causa esa impresión?

—Bueno, es que yo ya no estoy en una edad tan voluble como para dejarme llevar por las miradas de los caballeros. Por otra parte, lo que sí dicen siempre los discípulos es que cuando mi esposo los fulmina con la mirada se quedan inmóviles.

—Es que, como indica mi nombre, mis ojos son de tigre, o de ogro¹. Cuando miro a alguien, este se asusta y se queda parali-

1 Kogan se escribe con los caracteres de ‘tigre’ y ‘ojo(s)’. Cambiando el primer carácter por el de ‘ogro’ se obtiene Kigan (*ojos de ogro*). (N. de la T.)

zado, pero en el caso de Irako se sienten cautivadas y parece que vayan a perder el sentido.

—Pues creo que, en ese caso, resulta todavía menos deseable como pretendiente para la señorita...

—Ja, ja, ja. Qué rara eres. Antes eras firme partidaria de Irako, ahora estás totalmente en su contra.

—¡Anda, nada de eso! —se apresuró a negar Iku. Luego volvió a llenar el vasito de sake, pero le temblaban ligeramente los dedos.

Kogan observaba atentamente los finos y blancos dedos de Iku, pero de repente surgió algo punzante y centelleante en sus pupilas. Su mirada se iba deslizando desde la sensual nuca de Iku hasta sus hombros y caderas, pero de repente, como si acabase de descubrir algo nuevo, sus ojos resplandecieron por un momento y poco después se formó en sus labios una ominosa sonrisa.

Unos días después, Kogan, acompañado por varios de sus discípulos, partió hacia el santuario sintoísta Sengen. Iku se encontraba en una estancia separada de la casa arreglando las ropas de Kogan, cuando alguien entró sigilosamente en la habitación.

—Oh, señor Irako —susurró Iku en voz baja, conteniéndose, pero tanto sus ojos como sus mejillas rebosaban una alegría imposible de ocultar mientras contemplaba fijamente el rostro del hombre.

—No he podido encontrar un momento mejor...

Seigen se acercó rápidamente y se sentó en cuclillas de forma tal que sus rodillas tocasen las de Iku, le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos. Conocía de sobra el encanto embrujador de sus propias pupilas. Iku, como fulminada por esas pupilas, cerró los ojos y levantó la cabeza. Entonces, Seigen abrazó su cuello con las manos y atrajo su rostro hacia el suyo.

Al cabo de un rato separaron sus cuerpos, que habían estado enredados mutuamente el uno en el otro.

—Señor Irako, parece que dentro de poco mi esposo os elegirá a vos como marido de su hija Mie —pronunció Iku mientras se ocupaba de colocarse bien el faldón, con las mejillas sonrosadas y una voz en la que se mezclaban el rencor, la tristeza y los celos.

Seigen también tenía esa expectativa. Naturalmente, ansiaba tanto a Mie —que, si bien aún no era más que un capullo por florecer, ya era conocida como «la más bella de Nōbi»— como el estatus que le conferiría de sucesor del maestro si se casaba con ella. Sin embargo, no podía pasar un solo día sin ese olor de mujer que lo venía envolviendo casi desde que tenía uso de razón. Sabía que su relación con la mujer de su maestro estaba mal, pero la pasión ardiente y pura que le mostró de forma inesperada esta mujer madura lo fue arrastrando hasta esta situación.

—Señor Seigen, ¿qué pensáis hacer?

—Mmm, de momento no queda más remedio que aceptar.

—Lo odio. Odio que tengáis una amante, odio que otra mujer os aparte de mí.

—¿Y lo dices tú, que eres la amada del maestro? Si lo nuestro se supiese, probablemente el maestro me mataría.

—¿Cómo que os mataría? En lugar de eso, matadlo y se acabó. Al fin y al cabo, mi esposo es viejo y vos sois joven —le gritó Iku vehemente.

—No, eso es imposible. Yo no soy capaz de matarlo. Ni yo ni nadie. No hay en todo el mundo quien pueda hacer frente a la *nagareboshi* ('estrella fugaz') del maestro.

La técnica *nagareboshi* de Kogan era un temido y endiablado golpe de espada que causaba la muerte segura del rival. Consistía en apuntar al cuello del oponente y, emulando el movimiento de una estrella fugaz, cortar en horizontal. Precisa-

mente porque conocía bien el manejo de la espada, Seigen no tardó en rechazar la atrevida propuesta de Iku.

—Pues entonces... llevadme con vos y huyamos.

Iku se abrazó a Seigen con semblante desesperado. En ese momento, él sintió una presencia amenazadora al otro lado de la puerta corredera. Se separó de ella al instante y de un salto salió al corredor que daba al jardín.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Lanzó una mirada alrededor, el corazón le dejó de latir del sobresalto y un sudor frío le recorrió la espalda. Entre la espesa arboleda del jardín brillaban un par de ojos que ardían de rabia y resplandecían cual fuego fatuo.

Al día siguiente, Kogan se hizo acompañar de Mie e Iku y convocó a Ushimata, Irako y Fujiki.

—Últimamente la situación del *dōjō* no hace más que languidecer. Se os está debilitando el ímpetu a vosotros tres, que sois los líderes; así que, después de mucho tiempo, os vais a esforzar y vais a librar un duelo en mi presencia.

La voz de Kogan era inusualmente severa. Si ese hubiera sido el único objetivo, hubiera resultado más lógico que el duelo tuviese lugar en el *dōjō*, delante de todos los discípulos. Pero estaba claro que había algún motivo oculto para convocarlos únicamente a ellos tres en el jardín de la estancia separada de la casa principal.

Ushimata Gonzaemon tenía el presentimiento de que aquello era un preámbulo a la iniciación en el misterio de la técnica *nagareboshi*. Fujiki Gennosuke concluyó que se trataba de la elección de un marido para Mie. Y, por su parte, Irako Seigen presentía en la mirada del maestro, llena de odio y dirigida especialmente hacia él, una severa estratagema de venganza, aunque no era capaz de adivinar su forma concreta.

Por orden de Kogan, se batirían en duelo Ushimata e Irako. La especialidad de Ushimata era su *hien kirikaeshi*, o «contraataque del vuelo de la golondrina», que él mismo había desarrollado.

Consistía en esperar a un despiste del adversario durante el intercambio de golpes en el combate y entonces abalanzarse sobre el contrincante, actuando tan rápido que uno se preguntaba dónde se escondía tal velocidad en ese enorme cuerpo de toro¹, y empujar al adversario con todo el cuerpo hasta doblegarlo. Entonces, aprovechando la flexibilidad que le proporcionaban los intentos desesperados del rival por oponer resistencia, Ushimata daba un salto atrás y justo en ese momento su enorme espada le destrozaba la mano derecha a su oponente. Nadie más aparte del maestro Kogan había podido defenderse de este contraataque sobrenatural.

Irako fue fácilmente derrotado. Se sentía intimidado por el anormal brillo de la penetrante mirada de Kogan, clavada en su rostro, que lo turbaba y lo cohibía. Esto le hizo perder su habitual agilidad y empuje. En cambio, el simple de Gonzaemon, con su mente libre de cualquier pensamiento, no tuvo que esforzarse mucho para propinar al antebrazo derecho de Irako un golpe tan fuerte que le dolió como si le hubiese hecho un tajo.

—¡Qué mala pinta, Irako! ¡Vaya vergüenza! —lo reprendió Kogan y, al ver que este hacía una reverencia y se disponía a retirarse, continuó—: Espera, Irako. Ahora lucha contra Fujiki.

Kogan le hizo una señal a Ushimata, que al haber resultado vencedor del duelo estaba esperando para enfrentarse a Fujiki, para que se retirase y entonces señaló a Gennosuke.

Irako aún tenía dolorido y medio dormido el brazo derecho en el que Gonzaemon le había golpeado. Irako se mostraba vacilante, pero el destello en la mirada de Kogan era cada vez más agresivo y salvaje, e Irako se resignó a su suerte.

En cuanto a técnica, Gennosuke era de la escuela ortodoxa y aunque se entregó fielmente al aprendizaje tanto de la *nagareboshi* del maestro como del contraataque de su compañero

1 El apellido de Ushimata comienza con el carácter de 'toro' (*ushi*). (N. de la T.)

Ushimata, que tenía más experiencia, evidentemente aún no había llegado a alcanzar el nivel de aquellos. Pero eso era solo en comparación con Kogan y Ushimata; por supuesto, respecto a un rival ordinario no dejaba de ser un temible virtuoso. Además, el hecho de que Mie lo estuviese presenciando todo le hacía crecerse.

Nada más levantarse, se lanzó ágilmente hacia el pecho de Irako, retrocedió rápidamente y en cuanto vio la oportunidad de contraatacar sobre el antebrazo, sin perder un instante, blandió la espada y le propinó un fulgurante golpe en horizontal. Seigen había perdido libertad de movimiento en el brazo derecho y ahora volvía a recibir un golpe en el mismo antebrazo; su espada recibió un golpe lateral justo en el centro y voló por los aires casi dos metros hacia la izquierda.

—¡Vaya un principiante! Como apenas te entrenas y solo te dedicas a echar miradas lascivas a las chicas, así te va. Irako, yo te voy a arreglar ese espíritu corrompido a base de golpes. Coge una espada. ¡Imbécil! ¡Una espada de verdad! —Kogan descargó sobre él sus violentas maldiciones.

—¿Qué?! —Al oír «espada de verdad», tanto Mie como Iku empalidecieron.

—Pero señor maestro... —Ushimata y Fujiki también se mostraron sorprendidos e intentaron disuadirlo, pero Kogan los acalló con un rugido.

—¡Silencio! Si no arreglo yo a este novato con la espada, nunca entrará en razón. Ja, ja, ja. No tenéis por qué preocuparos. Con ese brazo flojo, a mí Irako no me puede hacer ni un rasguño. Aunque a mí no me costará mucho machacarlo... ¡Ja, ja, ja! ¿Tienes miedo? No te quitaré la vida, te lo prometo. Solo te perdonaré la vida, únicamente la vida, ¿de acuerdo?

Pese a que ya se había resignado, Irako aún estaba estupefacto ante la exagerada sucesión de eventos. Entonces se oyó a Iku gritar frenéticamente con voz entrecortada desde un corredor que daba al jardín.

—Señor Irako, enfrentaos a él y matadlo. ¡Matadlo! Si no lo matáis, él os matará a vos.

Seigen desenfundó la espada como un sonámbulo. En el momento en que sintió ante sí los ojos de ogro de Kogan, quien se abalanzaba sobre él como una enorme bestia, el abrasador filo plateado de la espada se los rajó describiendo una línea horizontal justo en el medio.

Seigen emitió un alarido y cayó al suelo de espaldas. La *nagareboshi* de Kogan le había desgarrado los ojos.

III

Pasaron tres años desde aquello, y aún no se había elegido al sucesor de la familia Iwamoto, puesto que cuando Kogan anunció de nuevo a Fujiki Gennosuke como futuro marido de Mie, ella lo rechazó. Esta jovencita de diecisiete años que había contemplado de principio a fin los sucesos de aquel día sin pestañear y sin decir palabra, a pesar de la palidez de su rostro y de los temblores que le recorrían el cuerpo, inesperadamente manifestó con total claridad sus intenciones.

—Yo ya había decidido en el fondo de mi corazón que mi marido sería el señor Irako. Lamento que él me haya abandonado por otra mujer, pero mientras él viva no aceptaré a otro por esposo. Así que, sea quien sea, me casaré con aquel que me haga el favor de asesinarlo.

La otra mujer a la que se refería era Iku, la mujer que corrió descalza hacia Seigen cuando este se desmayó después de que le hubieran desgarrado los ojos, lo abrazó entre lágrimas y luego se giró hacia Kogan y tuvo la osadía de llamarlo bruto mientras lo golpeaba. Cuando se llevaron a Irako, ella lo acompañó y dejó la mansión para no volver.

Por más que la riñeran o trataran de apaciguarla, Mie se negaba obstinadamente a escuchar y no sabían qué hacer con ella, hasta que finalmente se hizo investigar qué había sido de

Irako Seigen, y se descubrió que unos días después de aquello se había marchado hacia algún lugar, con los ojos cubiertos por una tela blanca, de la mano de Iku.

De esa manera, sin conocer su paradero, en el *dōjō* Iwamoto se fueron sucediendo los días envueltos en una densa atmósfera ominosa y opresiva.

Pasados tres años, en un atardecer de verano, cuando todos los discípulos externos ya se habían retirado y ya se había acabado de barrer el jardín, apareció inesperadamente en el vestíbulo humedecido del *dōjō* Iwamoto una pareja formada por un hombre y una mujer.

—¡Ah, es Irako! —gritó uno de los dos o tres discípulos que aún quedaban nada más ver su silueta.

En su bello y fino rostro pálido, de rasgos profundamente cincelados, se marcaban los nervios oscuros y los ojos estaban fuertemente cerrados. Su acompañante, Iku, también estaba visiblemente más delgada que en la época en la que vivía en la mansión, pero aun así su inusual belleza parecía haber aumentado. Seigen se dirigió hacia los asombrados discípulos y les habló con una voz fría y apagada.

—Irako Seigen quiere batirse en duelo con el dueño de este *dōjō*, Iwamoto Kogan. Hacedle llegar el mensaje.

En cuanto Kogan, que se disponía a sentarse ante la mesita para empezar a cenar junto con su nueva concubina, oyó mencionar a Irako, se levantó de inmediato, pero luego cambió de idea y esbozó una amplia sonrisa.

—Decidle a Irako que Kogan no lucha contra novatos, pero que si se empeña, puede volver mañana y enfrentarse a Gonzae-mon o a Fujiki.

Al escuchar la respuesta de Kogan, a Seigen se le escapó una risa desdeñosa; como si hubiera sufrido una transformación, adoptó una apariencia feroz y vociferó de tal manera que podría oírsele hasta en el fondo del *dōjō*.

—Irako ya no es discípulo de Kogan. Como experto espadachín que vaga por el mundo, le reto a un duelo con espadas reales. ¿Te has acobardado, Kogan? ¡Qué vergüenza!

Kogan agarró su *katana* favorita y salió disparado al corredor exterior.

—¡Pasa al jardín para que pueda hacerte pedazos!

Al ver a Seigen esbozar una leve sonrisa indiferente y a Iku dirigirle una penetrante mirada de odio, Kogan estaba furioso y hervía de rabia. Bajó al jardín y sacó la espada de la vaina.

—Irako, hoy no te perdono ni la vida. ¡En guardia! —declaró Kogan.

Justo en ese momento sintió un escalofrío y empezó a dudar de sus propios ojos, pues Seigen ya había adoptado su postura. Nada más verla, esa pose con la espada clavada firmemente en el suelo y la hoja orientada hacia el adversario recordaba a un ciego apoyado sobre su bastón, pero en realidad era una postura totalmente impenetrable cargada de amenaza.

Kogan, que creía conocer de cabo a rabo todas las técnicas de Seigen con la espada, y que precisamente por eso había estado menospreciándolo desde el principio, se quedó desconcertado y tuvo que tragar saliva ante esa postura tan misteriosa como temible, que emanaba sed de sangre.

Los dos permanecieron el uno frente al otro durante lo que pareció un largo rato. O quizá solo fuese un momento extremadamente breve.

Para el ciego Seigen, los antiguamente terribles ojos de ogro de Kogan ya no contenían ningún maleficio. Simplemente vació su mente con total indiferencia y esperó su oportunidad.

«Resulta evidente que ya no es el Seigen de antaño. Y mi último recurso es mi *nagareboshi*...», pensó Kogan sobre el primer rival formidable que se había encontrado en toda su vida. Esta era la primera ocasión en la que Kogan iba a usar por segunda vez ante un mismo oponente su *nagareboshi* con

espada de acero. Hasta ahora había derrotado a todos sus contrincantes con un solo golpe de *nagareboshi*.

«Debería haberlo matado sin miramientos cuando tuve la ocasión».

Kogan se arrepentía profundamente de haber buscado una venganza cruel, destrozándole esos ojos portadores de una fascinación incomparable, en lugar de haberle dado muerte. Pero no podía prorrogarlo más. Se acercaba la oscuridad nocturna, que no supondría ningún inconveniente para el ciego Seigen, pero en cambio sería una considerable desventaja para Kogan, que ya se acercaba a la vejez.

Puso en práctica su técnica secreta *nagareboshi*, que hasta ese momento había sido imbatible, pero cuando su espada se dirigía hacia el cuello de Seigen con la intención de degollarlo con un corte lateral, la espada de Seigen, que estaba clavada en el suelo, destelló como una chispa blanca, se alzó verticalmente describiendo un arco y derribó a Kogan, que quedó tumbado de espaldas. Un impresionante corte le recorría la cara verticalmente desde la barbilla hasta la coronilla.

—¡Prepárate! —gritó Mie, y fue corriendo hacia Seigen, pero este la derribó con la vaina de la espada y su puñal salió volando.

—¿Sois Mie? Seguro que ahora sois aún más bella, es una pena que estos ojos no puedan veros. Mas vos sola no conseguiréis nada. Decidle a Ushimata o a Fujiki que si quieren derrotar al enemigo del maestro, que vengan a buscarme. Durante algún tiempo estaré detrás del templo Rakuei.

El conmovedor rostro que Seigen dirigía hacia Mie resplandecía siniestramente de satisfacción al haber materializado el rencor acumulado durante tres años, y en medio de la oscuridad nocturna era tan bello y seductor que no parecía de este mundo; daba la impresión de que brillaba como un espejismo.

IV

Irako miró de reojo a los temblorosos discípulos, que no se atrevían a atacarlo, y abandonó el *dōjō* guiado por Iku.

—Enhorabuena, querido. —Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Iku.

—Bueno, a ti también te he hecho sufrir —contestó Seigen mientras apretaba con fuerza la mano de Iku, que aún temblaba por la agitación.

Al perder la vista, Seigen había abandonado ya cualquier ilusión por el manejo de la espada, pero lo que lo animó a seguir adelante fue el tesón de esta mujer. En el *dōjō* de Kogan, Iku había descubierto, sin darse cuenta, la intensidad inherente a la disciplina de la espada y le había calado hondo. Era correcta su astuta intuición de que, una vez ciego, lo único que podría mantener encendida la vitalidad de su amado era la espada.

Más que la idea en sí de vengarse por el tratamiento dispensado por el cruel maestro, lo que se aferraba al alma de Seigen como un demonio en una pesadilla era el empeño por intentar derrotar por una vez, aunque le costase la vida, la *nagareboshi* que hasta entonces había dado por imbatible.

Ahora que estaba ciego ya no sentía la misma obsesión que antes por las mujeres. Se entregaba día y noche diligentemente a mejorar sus técnicas de espada.

Ante sus ojos únicamente aparecía un vasto mundo gris. Bajo la luz del sol retozaban innumerables chispas brillantes, y en la oscuridad de la noche una espesa bruma negra lo cubría todo, pero no se proyectaban ni las formas del mundo ni las siluetas de las personas. Seigen pulía su técnica enfrentándose a ese universo grisáceo con su espada, convencido de su infalibilidad.

Para contrarrestar el corte en horizontal de la *nagareboshi*, la técnica secreta que ideó Seigen consistía en un corte que

iba desde abajo hacia arriba: *Sakanagare* ('flujo inverso'). Este rápido golpe de espada, que aprovechaba el impulso de la hoja de la *katana* clavada en el suelo para hacer un corte en vertical, tenía aun más posibilidades de acabar con el contrincante que el corte en horizontal de la *nagareboshi*.

Pero el problema estaba en poder alcanzar el cuerpo del rival con ese destello fugaz de la espada. ¿Cómo podría conseguirlo un ciego?

Seigen ordenó a Iku que le lanzase todo tipo de objetos y practicó sin descanso con ellos su técnica *sakanagare*. Finalmente consiguió dominarla y que, justo en el momento en el que el objeto, fuese cual fuese, entrase en la trayectoria que seguiría la espada, esta los cortase con un movimiento vertical desde abajo. Al principio Iku le lanzaba ropa, almohadas, cuencos, piezas para jugar al *go*, horquillas para el pelo... y todo ello Seigen lo cortaba en dos justo por la mitad en cuanto entraba en un campo de unos ciento veinte centímetros por delante de él, incluso las semillas de judías que más adelante le lanzaba Iku y que armaban mucho estrépito al caer.

Y entonces, un día, cuando Seigen se encontraba descansando, satisfecho tras haber derribado todo cuanto Iku le había ido lanzando, de repente su espada se alzó en vertical hacia el cielo.

—Oh, ¿habéis cortado algo? —preguntó Iku sin comprender lo que había ocurrido.

—No sé qué ha sido, pero en cuanto ha entrado en el recorrido de *Sakanagare*, inconscientemente la espada se ha levantado —respondió Seigen.

Iku empezó a buscar indicios por el suelo y encontró tirado un pequeño mosquito, con el tronco cortado justo por la mitad.

—¿Así que era un mosquito?

Seigen, por toda respuesta, sostuvo sobre su dedo los restos cortados del diminuto mosquito y sonrió. Al día siguiente, comenzaron a hacer los preparativos para el viaje y se encami-

naron hacia las inmediaciones del castillo de Nagoya tras una ausencia de tres años.

En cuanto fueron informados de la violenta muerte de Kogan, Ushimata y Fujiki corrieron hacia el lugar y, al ver con sus propios ojos el cadáver del maestro con la cara desgarrada, y tras enterarse por Mie del inexplicable manejo de la espada de Seigen, ambos se miraron a los ojos y tuvieron una indescriptible y espeluznante sensación.

Ambos decidieron simultáneamente en su interior, como si se hubiesen puesto de acuerdo, que tenían que matar a Irako. Fuese cual fuese la diabólica técnica que había aprendido, les parecía imposible que pudiese derrotar directamente a la *nagareboshi* del maestro. Lo único que podían concebir era que hubiese sido una derrota accidental.

Conociendo la habilidad del Seigen de hacía tres años, les parecía que si ambos se empleaban a fondo en el combate no podría derrotarlos fácilmente; tenían que vencer a esa misteriosa técnica por el honor del *dōjō* Iwamoto. Inmediatamente, ambos juraron tomar represalias por la muerte del maestro. Había otros discípulos que proponían atacar a Seigen entre todos, pero ellos dos los disuadieron con firmeza.

—No puede ser. Atacar entre varias personas a un único rival supondría una deshonra para los discípulos de Kogan. Además, es a nosotros dos a quienes ha designado el rival.

Así que, a la mañana siguiente, ambos se dirigieron a la parte trasera del templo Rakuei en busca de Seigen.

—¿Habéis venido? —Seigen se presentó ante ellos esbozando una leve sonrisa. Se fue preparando en silencio, bajó al jardín y desenfundó su espada. En el corredor que daba al jardín se encontraba Iku, totalmente cambiada con respecto al día anterior, con un semblante que solo dejaba ver una sonrisa burlona, como

si estuviese totalmente convencida de la victoria de su amado—. Fujiki, ven aquí. Voy a poner las cosas en su sitio empezando por ti.

Seigen orientó el filo de la espada hacia su rival y la clavó verticalmente en la tierra. Basándose en el relato de Mie, Gennosuke se había pasado la noche anterior planeando estrategias, pero al tener que enfrentarse en persona a esta peculiar postura le entró una sensación de pavor al comprobar que, como era de esperar, resultaría muy difícil de combatir. No obstante, enseguida adoptó la postura inicial que era su punto fuerte, con la espada apuntando a los ojos de su rival, y tomó la resolución de poner en práctica, tal y como había pensado, la técnica secreta que había venido ideando en privado desde hacía años: *Hien yokonagare*, o «corte horizontal del mono volador». Estaba seguro de que esa era la única técnica que podría anticiparse al corte en vertical de la espada de Seigen que Mie le había descrito.

Había partido de la base de la *nagareboshi* del maestro, pero la había mejorado: uno se abalanzaba sobre el rival como si se fuese a estampar contra su hombro izquierdo con todo el cuerpo, y lo segaba con un corte en horizontal. Suponiendo que en el momento en que parecía que la espada se había movido, todo el cuerpo ya había volado en diagonal hacia la derecha, entonces el corte inverso ascendente de Seigen no debería rasgar más que el aire.

Pero, lamentablemente, no había tenido suficientemente en cuenta la temible velocidad de la *sakanagare*. Cuando el cuerpo de Gennosuke se desplazó en diagonal, y parecía que el corte lateral iba a alcanzar el torso de Seigen, el brazo izquierdo de Gennosuke salió despedido, amputado desde la base, y Gennosuke se quedó rígido con la espada en alto, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó al suelo.

A pesar de que estaba a punto de perder el conocimiento debido al dolor del brazo mutilado, Gennosuke presenció hasta

el final el duelo entre Ushimata Gonzaemon, que había ocupado su lugar, e Irako Seigen. Su profundo deseo como experto de las artes marciales de comprobar con sus propios ojos la verdadera esencia de la técnica de espada de Irako, quien finalmente no había podido eludir del todo su *Hien yokonagare*, hacía que su cuerpo, a punto de desfallecer, aguantase a duras penas.

El combate entre Gonzaemon y Seigen fue igualmente sobrecogedor. Seguramente ambos lucharon siendo conscientes de que aquel era un momento crítico sin precedente alguno en sus respectivas vidas.

Mientras presenciaba el combate entre Gennosuke y Seigen, una idea había atravesado la mente de Gonzaemon como un rayo. Miró rápidamente a su alrededor en todas las direcciones y, cuando se hubo alejado unos seis o siete metros en dirección sur, llamó a su rival de un grito.

—¡Irako, ven! —Siguiendo la voz de Ushimata, Seigen se acercó, con la espada desenfundada en la mano, hacia donde este se encontraba. Nada más ver que la expresión de su cara mostraba signos de confusión, sin perder tiempo Gonzaemon le volvió a gritar—: ¡Empecemos!

Seigen se detuvo de golpe y clavó la espada en el suelo.

—¡Oh! —A Iku se le escapó un chillido desde el corredor.

La espada se hundió fácilmente en la blanda tierra. Justo en ese instante, Gonzaemon se lanzó contra el pecho de Seigen, con una fuerza similar a la del golpe de una enorme roca. Al no oponer resistencia la tierra blanda en la que estaba incrustada la espada, la *sakanagare* de Seigen únicamente consiguió rasgar levemente el ropaje de Gonzaemon a la altura del pecho y lastimarle la punta de la barbilla.

La espada de Seigen, situada de nuevo en posición, y la de Gonzaemon, firmemente pegada a la otra, estaban enredadas a la altura de los guardamanos, una posición que sin lugar a dudas era más propicia para Gonzaemon y su particular técnica de contraataque.

Tanto Gennosuke, que ya estaba empezando a perder la consciencia, como Iku, que había empalidecido, sintieron que Gonzaemon iba a matar a Seigen. Sin embargo, justo en el instante en que parecía que Gonzaemon iba a retroceder un paso, Irako se le adelantó y de repente saltó hacia la derecha.

Una vez perdida la oportunidad del contraataque, los dos combatientes volvieron de nuevo a sus posturas iniciales, uno frente al otro. Pero a Gonzaemon le brotaba sangre del lastimado mentón... y a Seigen le sangraba el empeine del pie derecho. Nadie se había percatado de la sangre que manaba del pie de Seigen, pero fue precisamente esa herida la que decidió el resultado de aquel combate.

Al adoptar de nuevo la postura original, en lugar de volver a hundir la espada en la blanda tierra, Seigen adelantó el pie derecho y se clavó la punta de la *katana* en el empeine. La victoria se decidió en ese momento.

Cuando Gonzaemon comenzó a moverse para intentar abalanzarse por segunda vez sobre Seigen, la *sakanagare* de este se elevó en vertical: volvió a desgarrar la anterior herida y siguió su camino hacia arriba, penetrando profundamente en línea recta, hasta llegar justo por encima del caballete de la nariz.

Pero antes de eso, la espada le había desgarrado a Seigen la carne del empeine del pie derecho hasta tocar el hueso.

V

El cadáver de Ushimata Gonzaemon, con la cara cortada de la misma forma que el cadáver de Kogan, y Fujiki Gennosuke, entre la vida y la muerte tras haber perdido el brazo izquierdo, fueron trasladados hasta el *dōjō* Iwamoto, donde se instaló un silencio fruto de la consternación.

Esta vez nadie propuso salir a vengarlos sino que, por el contrario, a todos les asaltaba el miedo de que acaso Irako Seigen,

con su cara pálida y su delgada figura, pudiera contraatacar en cualquier momento con su misteriosa espada.

Todos se sintieron aliviados por vez primera al enterarse de que Seigen había dejado dicho que se iba hacia Sunpu, de la mano de Iku y arrastrando el pie derecho, y había abandonado las inmediaciones del castillo. Entonces comenzaron con los preparativos para los funerales por su maestro y su instructor asistente.

Tras perder de golpe a sus principales líderes, el *dōjō* Iwamoto cayó rápidamente en declive y se desmanteló en poco tiempo. En la amplia mansión únicamente quedaron Fujiki Gennosuke, quien al fin podía ponerse en pie; Mie, que parecía albergar una profunda determinación; y unos cuantos sirvientes que ya llevaban trabajando allí muchos años.

Mie le imploraba a Gennosuke una y otra vez que le hablase del combate, y cada vez que este lo hacía ella, con la mirada perdida vagando de un lugar a otro de la casa vacía y una voz como poseída, le decía:

—El odioso Irako. ¿Cómo habrá ideado esa magnífica y siniestra técnica? Lo odio. Es detestable. Por favor, señor Gennosuke, matad a ese hombre. Es el enemigo de mi padre, del señor Ushimata, el vuestro y también el mío.

—No, ese tipo tiene un talento natural, yo no soy rival para él.

—¿Por qué habláis como si le tuvieseis miedo? Él ha perdido la vista en ambos ojos. Vos solo habéis perdido un brazo. Por favor, derrotadlo. Seguro que podéis vencerlo.

Al imaginar el interior desierto de la mansión en la que vivían, la gente daba por hecho que Gennosuke y Mie se habían convertido en marido y mujer. Y además ellos se comportaban en público como si lo fueran. Pero lo cierto era que aún no se habían casado.

Tras perder la confianza en sí mismo con respecto al manejo de la espada, Gennosuke se volvió tímido y buscaba consuelo en

la belleza de Mie, a la que pidió y suplicó que se convirtiese en su esposa. Pero Mie se negaba en redondo.

—Matad a Irako, a ese detestable Irako. Si lo matáis, esa misma noche seré vuestra esposa. —La respuesta de Mie era siempre la misma.

Este diálogo se repetía una y otra vez hasta que a Gennosuke, gradualmente, le fue surgiendo en el alma una maraña de oscuras dudas imposibles de resolver.

«¿No será que Mie, por increíble que parezca, ama profundamente a Seigen?».

Esa era la impresión que le daba. Cuando Mie decía que lo odiaba, era incomprensible que únicamente se refiriera al enconado odio contra el enemigo de su padre y contra el hombre que la había traicionado a ella misma, sino que parecía estar llena de un severo rencor y una profunda tristeza que le hacían retorcerse. Más bien sonaba como un grito agónico que emitía para intentar sofocar con un odio avivado deliberadamente el sentimiento amoroso que le corroía las carnes.

—Si vos no os enfrentáis a él, lo haré yo. De todas formas, aunque no sea rival para él, le asestaré un golpe de espada y él me abatirá. —Al llegar Mie al punto de proponer tal cosa, como era de esperar, a Gennosuke se le excitó de nuevo un leve espíritu combativo que lo animaba a volver a coger la espada y luchar.

Sin embargo, esa noche soñó que Seigen atacaba a Mie con su espada y la derribaba sin mucho esfuerzo. En el sueño, Seigen inmovilizaba a Mie y esta de repente dejaba de hacer fuerza con brazos y piernas y le decía con una voz que empezaba a diluirse:

—Detestable señor Irako, yo os amo. Os quiero tanto que hasta moriría.

Tras decir esto entre ardientes jadeos, se abría el kimono y su cuerpo se entrelazaba con el de Seigen. Gennosuke se despertó con el cuerpo entero bañado en sudor y lleno de celos.

Tenía que matar a Irako.

Finalmente, Gennosuke había tomado la decisión. Sabía que aquella temible espada había calado hondo en su interior. No obstante, tenía que matarlo; sin duda, tenía que matarlo.

Para conseguirlo, lo primero que tenía que hacer era idear alguna estrategia para poder evitar el primer golpe de la técnica *sakanagare* de Seigen. Y no importaba si en el intento resultaba herido en la barbilla como Ushimata. En segundo lugar, si conseguía lanzarse sobre el pecho de Seigen, tenía que atacarlo sin darle oportunidad a girar el cuerpo. Puesto que hasta Ushimata Gonzaemon había fallado, parecía obvio que un contraataque no sería efectivo. Había que desarrollar un método que hiciese factible la casi imposible tarea de derribar al rival manteniendo el cuerpo pegado a él.

Gennosuke se dedicó día y noche a idear estrategias para derrotar la *sakanagare*. Ni siquiera en sueños, mientras dormía, se le iba de la cabeza la espada de Seigen clavada en el suelo, o la silueta de esta cuando se alzaba en vertical y brillaba misteriosamente.

Así pasaron dos años, hasta que una noche de comienzos de verano Mie le comentó:

—Justo dentro de un mes se cumple el segundo aniversario de la muerte de mi padre. ¿Aún no os habéis decidido a matar a Irako? —Mie hablaba mientras cortaba con un cuchillo una sandía de gran tamaño que había ordenado traer a un sirviente.

—¡Menuda sandía! —dijo intencionadamente Gennosuke para cambiar de tema—. Cuando yo era pequeño muy rara vez las podíamos comer, ya que eran un manjar exótico importado de Holanda; y las que conseguíamos muy de vez en cuando eran muy pequeñas, no llegaban ni a la mitad de esta. ¿Y ahora ya hasta se pueden conseguir aquí?

De repente, Gennosuke se quedó en silencio. Sus ojos miraban atentamente las manos de Mie mientras esta cortaba la sandía, como si le causase una gran impresión.

A partir del día siguiente, Gennosuke se encerraba durante horas y horas en el espacioso *dōjō* que ya hacía tiempo que nadie usaba; y como a nadie le estaba permitido asomarse, no se sabía qué era lo que estaba haciendo ahí dentro, pero de vez en cuando llegaban al exterior unos sonidos que parecían gemidos. No se trataba del típico grito de ataque que se usa en las artes marciales, sino que se parecía a un gemido breve y contenido: «¡Uh!». No obstante, con el paso de los días, esos leves gemidos, aun siendo bajos, se convertían en una molestia extrañamente penetrante e intensa para las personas que los oían, como si se les metiesen hasta las entrañas.

Llegó el segundo aniversario de la muerte de Kogan, pero Gennosuke no dijo nada. Y Mie parecía que también se hubiese olvidado de volver a estimular a Gennosuke. Pero no era que Mie se hubiese olvidado de ello, sino que últimamente, cuando miraba a Gennosuke, sentía que este se estaba dedicando en cuerpo y alma a desarrollar una nueva técnica de ataque secreta. En tales momentos, los espadachines parecían estar como poseídos por un demonio. Cuando desapareciese ese demonio significaría que ya habría perfeccionado su técnica de espada. Al ser hija de Kogan, Mie era plenamente consciente de ello. Como cabría esperar, estaba llena de expectación, y trataba a Gennosuke con incluso demasiada amabilidad, evitando a toda costa tocar el tema de la técnica de espada en las conversaciones.

Una mañana, a principios de septiembre del sexto año de la era Kan'ei (1629), al ver la cara de Gennosuke tras salir del *dōjō*, a Mie se le escapó una exclamación y se le iluminaron los ojos. Gennosuke se detuvo ante ella sonriente.

—Así es. Por fin he dado con la estrategia. Vayamos a matar a Irako.

VI

Conocían los movimientos posteriores de Irako tras haberse ido a Sunpu tal y como había anunciado. Se encontraba en la mansión de Okakura, el maestro de esgrima de Hasederachō, cerca del castillo de Sunpu.

Fujiki Gennosuke, acompañado de Mie, se dirigió hacia Sunpu. Llevaba consigo una carta de presentación de parte del capitán de la guardia del feudo de Bishū, Saida Mitsunoshin, dirigida al asesor del castillo de Sunpu, Saegusa Izunokami. Al día siguiente de su llegada, se dirigió hacia la mansión de Saegusa, le mostró la carta, le explicó toda la historia y le expresó su deseo de batirse en duelo con Irako.

Tras escuchar sus explicaciones, Saegusa ladeó la cabeza con gesto dubitativo.

—Ah, ¿así que eso es lo que le pasó a Irako? Me temo que su exquisito manejo de la espada también goza de la gran aprobación de mi señor, así que no es algo que pueda decidir yo por mi cuenta. Tendréis que esperar un poco.

Irako Seigen captó la atención de Tadanaga, el señor del castillo de Sunpu, apenas medio año antes, a la vuelta del largo viaje a Miho no Matsubara que este realizó. Algo debió de asustar a uno de los caballos y el animal se desbocó, tiró al suelo al samurái que lo montaba, se salió de la fila y se escapó. Derribó de una coza a los dos soldados que intentaron detenerlo y echó a correr como una flecha por un camino a través de un arrozal.

—¡Cuidado! ¡Apártate, es peligroso! —le gritaron los samuráis que iban persiguiendo el caballo a la persona, un ciego con bastón, que apareció en la trayectoria del equino. Pero para entonces, entre el caballo desbocado y el ciego apenas quedaban ya unos cuatro o cinco metros. De repente, cuando todos se detuvieron inconscientemente, poniéndose en lo peor, el ciego también se paró.

En cuanto vio que el bastón que llevaba el ciego en la mano se alzaba hacia los cielos, el caballo se encabritó, se revolvió un par de veces hacia ambos lados y finalmente cayó y quedó tumbado de lado en el suelo. Los samuráis que se acercaron a la carrera se quedaron estupefactos al ver el cadáver del animal: tenía la cara rajada por la mitad, con un corte a la inversa que le subía desde la larga quijada hasta el espacio entre los ojos.

El espadachín ciego, que limpió impasible la sangre que había quedado en la camuflada *katana* y la devolvió a su posición original como bastón, fue gentilmente invitado al castillo.

Por orden de Tadanaga, fueron elegidos tres reputados espadachines del clan: Aiki Kyūzō —alumno aventajado del fundador del estilo *Gan*, Matsubayashi Samanosuke—, Ishimura Ittetsu —sucesor legítimo de Ōno Shōgen, de la escuela *Kurama*— e Izubuchi Heijirō —hijo legítimo de Izubuchi Heibee, de la escuela *Shinkage*—. Los tres se enfrentaron al espadachín ciego Irako Seigen, en medio del más absoluto secretismo. En todos los casos, Seigen levantó ágilmente su espada de madera y los golpeó severamente con la punta en la mandíbula, hizo que las espadas de madera de sus rivales volasen por los aires y los derribó con un golpe en el pecho.

A la pregunta de Tadanaga sobre a qué escuela pertenecía esa curiosa postura que adoptaba, Seigen respondió sin tan siquiera una sonrisa:

—*Mumyō sakanagare*.

Después del duelo con Ushimata Gonzaemon, en el que había conseguido escapar del peligro desgarrándose el empeine de su propio pie, había ideado otra forma de elevar la espada sin depender del suelo. Consistía en sujetar firmemente la espada entre el primer y el segundo dedo del pie derecho. Al parecer, una vez Seigen insertó la punta de la espada entre los dedos del pie y la dejó enhiesta, sin sujetarla con las manos, y entonces retó a un hombre joven y de gran poderío físico a que intentase extraerla. Y por más que el joven emplease toda su fuerza, no

consiguió sacarla ni siquiera un poco, a pesar de que la porción de espada entre los dedos era de apenas un par de centímetros.

Muchos miembros del clan oyeron hablar de la increíble técnica de Seigen y suplicaron que querían presenciarla, o incluso le pidieron que les instruyese en ella, pero Seigen se rio y no volvió a coger la espada de madera nunca más.

La técnica de espada de Seigen no era algo que se pudiera enseñar a otras personas. Pero, a pesar de esto, tampoco querían que tal experto de la espada se marchase a otra provincia. Se le concedió una estancia independiente dentro de la mansión del maestro de esgrima Okakura, donde tanto Iku como él recibieron un tratamiento cordial.

Fujiki Gennosuke se hallaba en una pensión para viajeros, cavilando sobre el camino que debía seguir tras haberse enterado de todas estas cosas a través de rumores, cuando le llegó un mensaje de parte de Saegusa para que fuese a visitarlo.

—He tenido ocasión de contarle a mi señor todos los detalles sobre vuestra historia —explicó Saegusa—, y mi señor aprueba vuestro corazón heroico dispuesto a vengar la muerte de vuestro maestro. Así que se os ha concedido un magnífico escenario, perfecto para vuestra venganza.

Ese magnífico escenario era, en otras palabras, el torneo de duelos ante el señor feudal usando espadas auténticas. Había sido el asesor del *daimyō* Saegusa quien había preparado este magnífico emparejamiento, entre un espadachín ciego y un luchador manco dispuesto a vengarse de él, como primer combate del día, con la vista puesta en que sería un duelo exitoso gracias al cual recibiría el agradecimiento de su señor.

Y ahora cambia el escenario y volvemos al recinto del torneo instalado en un patio del castillo de Sunpu, al momento en el que Irako y Fujiki, frente a frente, empuñaban sus espadas desenvainadas.

El cielo estaba completamente azul y despejado, sin una sola nube. Tampoco soplaban el viento. La plaza estaba sumida en un silencio absoluto, no se oía ni tan siquiera una tos.

Seigen, como de costumbre, plantó la espada como si fuera un bastón y orientó el filo hacia Gennosuke; seguidamente insertó la punta de la espada entre los dedos del pie y se quedó totalmente inmóvil. Por su parte Gennosuke, contrariamente a lo que es habitual, blandió la espada por encima de la cabeza y fijó una fiera mirada en el espacio entre los ojos ciegos de Irako.

La excitación del público llegó a su punto álgido y un grito desesperado hizo añicos el silencio de la plaza.

—¡Eeh!

La espada de Gennosuke abandonó su mano y voló por el aire. Parecía que se fuera a clavar en la coronilla de Irako, pero Seigen puso en marcha su técnica secreta *sakanagare* y su espada se desplazó por el aire como un rayo hasta partir en dos la de su rival. Gennosuke aprovechó el momento en que los trozos de su espada cayeron al suelo con gran estruendo y se arrojó contra Seigen.

En la mano derecha empuñaba firmemente una espada corta¹ que se enzarzó formando una cruz con la espada larga de Irako, quien sin perder tiempo ya había vuelto a ponerse en guardia. Pasaron unos segundos y cuando Seigen se disponía a lanzarse para iniciar el contraataque, resonó la voz de Gennosuke emitiendo una especie de gemido ahogado («¡Uh!») y, para sorpresa de todos, la espada larga de Irako cayó al suelo, partida desde el guardamano, y la espada corta de Gennosuke, como si ya no encontrara ningún tipo de oposición, seccionó a su rival en diagonal.

1 Los samuráis solían ir armados con dos espadas: una larga para los combates y otra más corta para defenderse en el cuerpo a cuerpo o en lugares reducidos. (N. de la T.)

Gennosuke retrocedió un par de pasos y se quedó mirando fijamente.

El cuerpo de Seigen, que había empuñado la espada hasta que se la partió desde el guardamano y salió volando, daba la impresión de que permanecía inmóvil como hasta hacía justo un momento, pero al instante su torso seccionado en diagonal se desplomó hacia el lado izquierdo y cayó pesadamente al suelo. La espada corta de Gennosuke había cortado a Seigen en dos desde el hombro derecho hasta el costado izquierdo, como cuando se corta una sandía, haciendo presión hasta partirla en dos.

Entre el vocerío de los vítores unánimes de los asistentes, que parecía que se acabasen de despertar de un sueño, se oyeron también dos leves pero punzantes chillidos. Iku y Mie, que lo habían presenciado todo a través de los espacios entre los telones, se habían clavado al mismo tiempo un puñal en el pecho.